

## Cara y Cruz

**Manuel Campa**

Nada por aquí, nada por allá. Es cosa de admirar que hayan desaparecido cientos de miles de millones en las Aerolíneas Argentinas, compradas por los españoles, sin dejar el menor rastro. El diálogo de los compadres español y criollo debió de ser como el del ciego y Lázaro de Tormes: “¿Sabes en qué veo que las comiste –las uvas- tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas”.

Acaba de llegar de la Argentina uno de los socios más representativos del Centro Asturiano de Buenos Aires. Cuenta que, después de muchos años, tuvo que oír calificativos vejatorios para los “gallegos”, que allá somos todos nosotros. Cuando Menem trasvasó a los españoles Aerolíneas Argentinas, sólo engañó a un pequeño número de políticos y economistas, pero no al común de la gente, que pronosticó dos cosas: una, que esto acabaría como el rosario de la aurora, y, dos, que nuestros compatriotas, que aquí no tienen ni para empezar con nosotros, en el Mar del Plata son unos pardillos, unos boludos no más. Aerolíneas Argentinas quedó sola, fané, descangayada, tras unas noches de garufa. El que no afana es un gil. Esta aventura empresarial española no pudo discurrir peor: desaparecen trescientos mil millones de pesetas y se ocasiona un preocupante movimiento xenófobo en contra de los “gallegos”. En contraste con los carteles que dicen “Gallegos Fuera”, en otro país, también de origen hispano, puede verse, en estas mismas fechas, el reconocimiento a la impagable aportación cultural de los exiliados republicanos españoles. Con motivo de la concesión del premio Príncipe de Asturias al Colegio de México, se suceden en la prensa azteca – como ya ocurrió en 1989 al ser premiado el Fondo de Cultura Económica- los homenajes a los exiliados españoles. En 1938 se funda la Casa de España en México, como lugar de reunión y trabajo de nuestros transterrados. En octubre de 1940, la Casa de España se convierte en el Colegio de México. Allí profesaron españoles beneméritos, como José Gaos, José Miranda, José Medina Echevarría (traductor de Max Weber), Ramón Iglesias, Rafael Altamira, Joaquín Xirau, Eugenio Imaz, Gallegos Rocafull, etc. Moreno Villa, León Felipe, Juan de la Encina, Enrique Díez Canedo, Jesús Val, Indalecio Prieto, Luis Buñuel, y muchos más, fueron también refugiados españoles que contribuyeron igualmente a la cultura y a la educación de México.

En el suplemento cultural del diario Reforma, de 24 -5-2001, se dedica una emotiva página, como homenaje a los republicanos españoles del Colegio de México. Allí figura un magistral artículo de Enrique Krauze, bajo el título “Una huella que germina”. “El Colegio de México –dice- ha sido una institución central en la vida académica de México. Su contribución en diversos campos del saber (historia, estudios internacionales, literatura, lingüística, sociología, entre otros) ha sido tan profunda como diversa”.

No puede haber mayor contraste entre las referencias a España que nos llegan, en estos días, de la Argentina y de México; del “Gallegos Fuera” al homenaje a nuestros republicanos transterrados. Unos llegaron al Mar del Plata, hace poco, cargados de millones, pero con una liviana carga moral; otros llegaron a México, hace más de medio siglo, bien ligeros de equipaje, con lo puesto, pero con un inmenso bagaje intelectual y ético que, que, ahora, es “una huella que germina”, porque, una vez más, como escribió el poeta, “lleva quien deja y vive el que ha vivido”.